

Testimonio de sobrevivientes de campos de detención argentinos

(Informe de Amnistía Internacional)

AMNISTIA Internacional publicó un testimonio excepcional de dos sobrevivientes que escaparon de un campo secreto de detención en Argentina, donde calculan que cientos de personas han sido torturadas y asesinadas sistemáticamente desde 1976.

Los dos hombres, Oscar Alfredo González y Horacio Cid de la Paz, pasaron 15 meses en los campos después de haber sido secuestrados en Buenos Aires con dos semanas de diferencia, en el mes de noviembre de 1977. Entre los dos estuvieron reclusos en cinco campos diferentes y, en consecuencia, pudieron facilitar detalles de cientos de presos, la mayoría de los cuales ahora se cree que están muertos.

Este testimonio y la lista de muertos y presos desaparecidos que lo acompañan, esclarece el posible paradero de miles de ciudadanos argentinos que han "desaparecido" durante los tres últimos años. Una delegación de la Organización de Estados Americanos visitó Argentina en septiembre de 1979 para realizar investigaciones en el lugar sobre los desaparecidos, cuyo número los grupos locales pro derechos humanos dicen que ahora asciende a más de 15.000. Las conclusiones de la misión de la OEA aún no se han hecho públicas.

Al decidió publicar el testimonio de estos dos hombres después de comprobarlo durante meses con sus propios registros sobre personas "desaparecidas" y con las declaraciones de ex presos. La organización también realizó consultas con fuentes bien informadas en Argentina y ha podido corroborar muchos de los detalles facilitados por los dos hombres.

Ambos se dirigieron a AI con su excepcional testimonio después de que en 1979 la organización publicara una lista de 2.665 personas que se sabe que han desaparecido en Argentina desde el golpe que llevó al general Jorge Videla al poder, en marzo de 1976.

Declaran que existe una pauta consistente supervisada meticulosamente por varias ramas de las fuerzas armadas y la policía argentinas. La tortura y los interrogatorios son sistemáticos, seguidos por un periodo de lo que ellos llamaban vida en "campo de concentración", con castigos y palizas regulares, y finalmente, para la mayoría de los presos, el "traslado" eufemismo por muerte. La mayoría de las víctimas han sido sacadas de sus hogares o lugares de trabajo sin ninguna apariencia de legalidad, por agentes armados de las fuerzas de seguridad.

González, trabajador de una fábrica, que contaba con 27 años cuando fue secuestrado, había participado en actividades políticas y gremiales. Su esposa, de quien él dijo que no había tomado parte en política, fue secuestrada un mes más tarde. No tuvo más noticias de ella desde enero de 1978. De la Paz, que tenía 20 años cuando fue secuestrado, era un dirigente estudiantil y miembro de la rama Montoneros del movimiento peronista.

De acuerdo al testimonio de los dos hombres, el Club Atlético estaba administrado por la Policía Federal, pero quienes lo usaban eran los "grupos de tarea" que incluían hombres de todas las ramas de las fuerzas armadas.

González y De la Paz fueron trasladados de campo a campo, bajo la jurisdicción de oficiales de varios servicios. Uno de los campos que mencionan es el llamado Olimpo, próximo a oficinas gubernamentales en la parte oeste de Buenos Aires. AI sabe que en septiembre de 1979 las instalaciones descritas por ellos aún estaban en pie, pero no se vieron presos en esa época.

De las personas descritas en el informe de González y De la Paz como secuestradas y torturadas, algunas habían sido políticamente activas, otras sólo estaban relacionadas con sospechosos políticos, y no existía razón aparente para el secuestro de muchas. Otras sólo fueron llevadas con el propósito de extorsionarlas.

El Ejército, la Armada, La Fuerza Aérea y la Policía Federal tenían miembros en los "grupos de tarea" que llevaban a cabo los secuestros y operaban los campos. Generales, coroneles y otros oficiales de alta graduación se encontraban entre los que González y De la Paz dicen que vieron en los campos. Los "grupos de tarea" necesitaban obtener permiso de "arriba" para realizar los secuestros, y presentaban metódicamente sus informes sobre el manejo de los presos.

Cuando se aprobaba un secuestro, la policía y otros servicios de seguridad "liberaban" un área de varias manzanas para que el escuadrón ("patota") encargado del secuestro pudiera operar.

Las propiedades de las víctimas eran saqueadas, se falsificaban los títulos de propiedad de modo que las cosas pudieran ser vendidas, se obligaba a los presos a firmar compromisos de venta de sus automóviles, y se les retiraba todo el dinero de sus cuentas bancarias. Muebles y cualquier objeto de valor eran saqueados y cargados en camiones que tenían a tal efecto.

Aparentemente, el saqueo autorizado era un incentivo muy grande para los oficiales de los "grupos de tarea". El botín se repartía de acuerdo con el grado, pero se producían disputas. Los suboficiales se quejaban amargamente de las participaciones obtenidas por los oficiales superiores.

Los presos judíos eran seleccionados para tratamientos especialmente duros. Durante las sesiones de tortura eran interrogados no solamente sobre sus ideas políticas, sino que también sobre la comunidad judía en el país. Los nombres y direcciones de judíos, diagramas de sinagogas, clubes y negocios pertenecientes a judíos fueron diligentemente recopilados. "Desde el momento de ser secuestrados hasta que eran incluidos en algún 'traslado' eran sistemáticamente torturados", dicen los autores. "A algunos los hacían arrodillar frente a imágenes de Hitler y Mussolini, obligándoles a renegar de su origen..."

Ambos calculan que 800 personas pasaron por los campos en que estuvieron durante esos 15 meses de cautiverio, y facilitan detalles de más de 300 de ellas. González y De la Paz se consideran con suerte al haber podido mantenerse con vida hasta que encontraron una oportunidad de escaparse. "Nosotros logramos postergar nuestro traslado agachando la cabeza y asumiendo una actitud de simulación", dijeron. "Trabajamos en la limpieza, de pintores, albañiles, cocineros, mecánicos y hasta oficinistas".

Ambos hombres, como muchos otros, fueron llevados en principio al Club Atlético, en Buenos Aires. Este edificio, demolido posteriormente, sirvió como depósito inicial para los presos. Ahí vieron sus primeros "quirófanos", nombre que daban a las habitaciones en que se torturaba. El Club Atlético tenía tres, cada uno de ellos con una picana eléctrica y una mesa de metal, a la cual se ataba a los presos desnudos. "El olor a carne quemada, sangre, transpiración y excrementos, sumado a que no había ninguna ventilación formaban el aire pesado e irrespirable", dijeron.

El tratamiento, como más tarde supieron, era esencialmente igual para todos los presos: "La primera hora nos aplicaban picana sin preguntar nada. Esto era según sus propias palabras para 'ablandarte y que nos vayamos entendiendo'. . . La aplicaban en la cabeza, axilas, órganos sexuales, ano, ingle, boca, en todo lugar sensible del cuerpo."

De acuerdo a los dos hombres, las torturas podían continuar por horas, día tras día: "La picana era intercalada con 'submarino' (asfixia), colgadas de los pies, golpes en los órganos sexuales, cadenas, sal sobre las heridas y cualquier otro recurso que se les ocurría... También solían recurrir a aplicar electricidad de 200 y directa... Todo lo hacían con el control de un médico, quien controlaba nuestra presión y reflejos: 'Tenemos todo el tiempo del mundo y esto continuará indefinidamente'".

Por lo menos en un caso, sin embargo, un agente les contó sobre un detenido que fue torturado hasta causarle la muerte pocas horas después de su detención, antes de recibirse órdenes de "arriba" para que fuera puesto en libertad.

En el Club Atlético, al principio se reclusa a los recién llegados en una celda común llamada la "leonera", porque era ahí donde se les "amansaba". Más tarde se les trasladaba a celdas pequeñas donde permanecían esposados con los ojos fuertemente vendados. Al principio sufrieron infecciones debido a las vendas sucias, que hicieron que sus ojos se hincharan. Se les prohibía hablar o tocar las vendas, y si un guardia les veía mover aunque fuera las manos, podía golpearles hasta que perdieran el conocimiento.

El informe cita a un oficial de policía, de sobrenombre Padre: "Aquí algunos son mercenarios y otros no, pero todos somos fascistas."

El 'traslado' final, que esperaba a la mayoría de los presos, era la más escalofriante y extrema medida. Cuán pronto llegaría era impredecible, pero "en esa palabra, mil veces repetida por nosotros y nuestros secuestradores, se encerraba la clave del futuro."

Muchos de los presos aparentemente creían a sus captores cuando les decían que iban a ser trasladados a cárceles legales o a centros de rehabilitación, porque deseaban creer con desesperación. Su fe se fortaleció a mediados de 1978 cuando las autoridades comenzaron a permitir que algunos presos se pusieran en contacto con sus familias. Se llevaron a algunos para breves visitas y a otros se les permitió hablar por teléfono con sus familias. Estos contactos sirvieron para que las familias se mantuvieron calladas y los presos más tranquilos, y que los intentos de evasión fueran menos. Los autores dan una lista de 25 compañeros presos que ellos saben que fueron autorizados a mantener estos contactos con familiares y que luego fueron "trasladados".

Los presos eran trasladados por lo general en grupos de 30 a 50. Los guardianes trataban de prevenir que los que se quedaban oyeran detalles de sus instrucciones finales a aquellos elegidos para el "traslado", pero en alguna ocasión se les oyó decir a uno de los grupos que serían inyectados con un "tranquilizante" porque les esperaba un largo y difícil viaje. Los grupos eran subidos en camiones y nunca más se les veía.

Esposados y con los ojos vendados, por lo general no se les permitía llevar ninguna ropa extra con ellos. "Muchos compañeros fueron trasladados con sólo su ropa interior en pleno invierno."

En algunos casos efectos personales que los presos habían tenido en su poder o documentos de identidad de presos que habían sido trasladados eran encontrados en el campo. Un preso lisiado que había perdido las dos piernas, de nombre Eduardo, fue llevado al traslado en su silla de ruedas. "Dos días después vimos la silla de Eduardo tirada en un rincón de la playa de estacionamiento".

Un preso le contó a González y De la Paz que él había descubierto en un campo donde había permanecido anteriormente que los presos "trasladados" habían recibido inyecciones de un fuerte sedante, y subidos a un camión que les condujo hasta un avión "del cual eran tirados vivos, pero inconscientes, mar adentro."

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS 